

EL REALISMO DE HUGO WAST EN LAS NOVELAS ESTRELLA DE LA TARDE Y ¿LE TIRARIA USTED LA PRIMERA PIEDRA?

Mabel Agresti (*)

Integrante de la generación del Centenario —uno de cuyos temas fundamentales fue la búsqueda de lo argentino— y empeñado en la defensa de lo cristiano a que lo impulsaba su condición de católico practicante¹, Hugo Wast fue un escritor prolífico y verdaderamente popular en las primeras décadas de este siglo. Gran parte de esa popularidad se debe a las logradas novelas realistas que publicó en el primer cuarto de la centuria: *Flor de durazno* (de 1911 y que marcará toda una época en las letras argentinas²), *Valle Negro*

(*) Universidad Nacional de Cuyo — CONICET.

1 Cf. mis artículos —“La concepción de la novela en Hugo Wast”. En *Revista de Literaturas Modernas*, n^o 16. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literaturas Modernas, 1983. p. 83-96.

—“Lo argentino y lo cristiano en algunas novelas realistas de Hugo Wast”. En *Revista de Literaturas Modernas*, n^o 17. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literaturas Modernas, 1984. p. 65-75.

2 Cf. Juan Carlos MORENO. *Genio y figura de Hugo Wast*. Buenos Aires, Eudeba, 1969. p. 182-184. Cf. también mi “*Flor de durazno* y el centenario de Hugo Wast”. En *Diario Mendoza*. Mendoza, domingo 22 de enero de 1984. Suplemento dominical, 2a. Secc., p. 5.

(de 1918, premiada con medalla de oro de la Real Academia Española), *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*. . . (de 1919, publicada como folletín en el diario "La Nación") o la tan conocida *Desierto de piedra* (publicada en 1925 y Premio Nacional de Literatura)³.

Pertencientes a la última etapa en la producción de Hugo Wast, *Estrella de la tarde* y su continuación *¿Le tiraría usted la primera piedra?* (ambas de 1955) reiteran los aciertos de aquellas novelas. Con el análisis de dos entre los muchos aspectos destacables en estas obras (la pintura del espacio y la caracterización de personajes), apunto a demostrar no sólo su valor literario sino también la existencia de una actitud constante en Hugo Wast frente a la corriente estética del realismo.

Síntesis argumental

Desde las primeras a las últimas, es característico de las novelas realistas de Hugo Wast la elección de temas cuyo desarrollo apunta a una enseñanza didáctico—moral. Lejos de ser atemporal o inespacial, esa enseñanza va de la mano con la valoración del interior del país y, particularmente, de la vida campesina.

Las dos novelas de 1955 no escapan a esta constante. "[. . .] *Estrella de la tarde, que se levantó milagrosamente en su cielo invernal*"⁴ es el secreto amor de don Zenón de Achala (el soltero sesentón dueño de la estancia "Los Sauces") por Carolina, una jovencita confiada a su tutela y que también lo ama en silencio.

La sierra corbobesa (mostrada en sus paisajes, tipos y costumbres) y vagos lugares de Europa son, respectivamente, el marco de la renuncia al amor del señor de Achala por el que cree el bien de Carolina y del posterior fracaso del matrimonio de la joven con su primo Dardo.

El regreso de Dardo y Carolina a la tierra natal, por último,

3 Cf. mi artículo "Hugo Wast: necesaria revaloración de su obra", En *Los Andes*. Mendoza, domingo 28 de agosto de 1983. 3a. Secc., p. 1.

4 Hugo WAST. *¿Le tiraría usted la primera piedra?*. Cap. IV, p. 317. En *Estrella de la tarde—¿Le tiraría usted la primera piedra?*. Buenos Aires, Dictio, 1980. En adelante, cito por esta edición.

acrisola el amor imposible en la aceptación cristiana del dolor y el sacrificio: Dardo ha quedado paralítico en un accidente y Carolina —siguiendo los consejos de don Zenón— dedicará la vida a su cuidado.

El espacio

Sin duda, uno de los mayores aciertos de Hugo Wast es la configuración de los espacios narrativos.

En *Estrella de la tarde* más que en *¿Le tiraría usted la primera piedra?*, su innegable capacidad descriptiva se afina notablemente en la pintura del paisaje serrano. Acabadas visiones panorámicas⁵ alternan así con rápidos brochazos que plasman los aspectos cambiantes del entorno en la pintura del invierno y la sequía⁶, del renacer de la naturaleza en la primavera⁷ o de una tormenta que tan pronto como se abate sobre la sierra escampa y nos asombra con el espectáculo de un cielo límpido y tachonado de estrellas⁸.

De los numerosos ejemplos proporcionados por las novelas, las palabras de don Floriano Zapata (antiguo sacerdote del lugar que, en el capítulo IV de *Estrella de la tarde*, dialoga con Pedro de Alcántara —propuesto para teniente cura—) aúnan la detallada observación realista con el cariño por un espacio en el que se conjugan el sentimiento de lo argentino y la admiración del creyente ante las obras del Creador:

“[. . .] Pocos paisajes más hermosos y menos vistos encontrarás en el mundo, como los que se hallan en el cruce de las dos sierras, la sierra Grande o sierra de Achala y la Chica, que desde el cerro Uritorco, cerca de Capilla del Monte, sale a buscar a la otra, como un potrillo a su madre, hasta que se junta con ella. . . Allí donde madre e hija se juntan hay una

5 Cf. *Estrella de la tarde*. Cap. I, p. 24; cap. III, p. 57; cap. VII, p. 140.

6 Cf. *¿Le tiraría usted la primera piedra?* Cap. VI, p. 335.

7 Cf. *Ibid.*, cap. XIII, p. 423.

8 Cf. *Estrella de la tarde*. Cap. III, p. 67 y 78-80.

región tan abrupta y desierta, que nadie se aproxima, como no sea algún maniático, y yo lo soy, y he ido cien veces a contemplar las obras de Dios, que nos dan una idea del cielo. Allí se ven árboles y flores, montañas y abismos, vacas salvajes, pumas y cóndores [. . .]; y se oye el rugido de los torres, que se despeñan y se hunden hasta el centro de la tierra; y el canto de los zorzales y de los reyes del bosque y de cien pájaros más, no oídos en ningún otro lugar; y de noche se ve la Vía Láctea hirviendo de estrellas, y en las madrugadas, muy antes del sol, el milagroso lucero del alba, que sólo para verlo vale la pena tener ojos. . ."⁹

En la amorosa configuración del paisaje serrano merecen especial mención las descripciones de insectos y pájaros del lugar: el tuco, el run—dún, el pájaro carpintero o el mamboretá. Más bien breves y espigadas en las dos novelas —justificadas siempre por el desarrollo de la trama—, ellas contribuyen a dotar al paisaje de esa vida perenne que resulta de la unión entre lo observado por el narrador y lo vivido por la gente de la zona. Vivido y transformado en leyenda, tradición, anécdota o creencia popular.

La descripción del tuco es un buen ejemplo de la habilidad del narrador para ensamblar lo local característico con lo ficticio. "*Estos curiosísimos insectos —observa en el capítulo III de *Estrella de la tarde*— son en la sierra estrellitas volantes y tan luminosos sus aparentes ojos saltones y ellos tan inofensivos que tomándolos con los dedos y arimándolos a un papel se puede leer fácilmente cualquier escrito*"¹⁰. Es una creencia popular la convicción de que, lanzado a volar por una mujer soltera, el tuco se dirige hacia el hombre que se casará con ella. En la novela, la recreación de este inocente juego es el medio de que se vale el narrador para sugerir los sentimientos de Carolina y don Zenón:

"[. . .] Carolina [. . .] se adelantó hacia el centro del patio con la mano levantada y el bichito paseándose en ella [. . .]
— ¡Vuela, vuela tuquito, a donde está mi suerte!
[. . .] el atolondrado tuco [. . .] despegó como un avioncito

⁹ *Ibid.* p. 92.

¹⁰ *Ibid.* p. 70.

[. . .] y fue a prenderse en la barba rubia de don Zenón".¹¹

La descripción del mamboretá, por su parte, al tiempo que refleja otra creencia popular contribuye a caracterizar a doña Ventura, ama de llaves de don Pedro de Alcántara (el párroco del lugar en el presente de las novelas). El siguiente diálogo de doña Ventura con la cocinera de "Los Sauces" (ña Candelaria) une lo descriptivo y lo costumbrista en la similitud del personaje con el insecto:

—Por favor, ña Candelaria —suplicó [. . .]— ¿Qué es eso de usamico, que el señor cura me lo sabe aplicar? [. . .] Ventura Quico, con su cara de usamico, sabe decirme y yo no sé si darle las gracias o enojarme. . . ¿es una flor?

—Más vale que se enoje, porque la encuentra semejante a ese bichito verde, pescuecico largo, cabecita en forma de plancha y patitas flacas y bracitos como alambre de púa, que se prenden desesperadamente, y ojitos saltones, iguales a los suyos. Y tiene una cosa buena: es muy religioso, sabe decir dónde está Dios [. . .] Si usted le rasca la pancita [. . .] y le pregunta ¿dónde está Dios?, él levanta un bracito al cielo, señalando el lugar y luego el otro y junta las manitas como rezando. . ."¹²

La caracterización de personajes

Muchos y bien trazados son los personajes de *Estrella de la tarde* y *¿Le tiraría usted la primera piedra?*.

Carolina, don Zenón de Achala y don Pedro de Alcántara son los principales. Ellos determinan la marcha de la acción y explicitan con sus actitudes las constantes de la obra de Hugo Wast: la defensa de lo cristiano y la búsqueda de lo argentino.

En la búsqueda de lo argentino se encuentra el sentido último del personaje de don Zenón. Después de haber vivido parte de su existencia en Europa, regresa al país y reconstruye la abandonada

¹¹ *Ibid. id.* p. 72.

¹² *Ibid.*, cap. VIII, p. 163 y 164.

estancia de su familia porque "[...] era criollo, nacido en la sierra, de esa laya de cordobeses que no pierden nunca la tonada y que escuchan como un perpetuo reclamo en el fondo del corazón el llamado de la tierra natal".¹³

Quizás pocos pasajes revelen con tanta hondura el argentinismo de Hugo Wast como las palabras de don Zenón sobre las estrellas del cielo cordobés:

"—Las estrellas del cielo cordobés. Cuando las contemplo en una de nuestras noches increíbles de sonoridad y de pureza, me considero músico, gran músico, y no soy más que un repetidor de lo que ellas inspiran a quien sabe escucharlas. Más de una vez he acudido al órgano para ejecutar lo que creía oír, y cuando callan hay que mirarlas y oír las con los ojos, porque su silencio no es menos melodioso que su canto inefable [...]"¹⁴

Ejemplo de la utilización de los rasgos caracterizadores propios del realismo décimonónico, el retrato de don Pedro de Alcántara es realizado en dos momentos de su vida y desde dos perspectivas diferentes. El joven seminarista que lleva el nombre del santo patrono del lugar es retratado a través de don Floriano Zapata, el párroco:

"Don Floriano Zapata se frotó las manos al ver aquel mocetón grandote, tostado de cara, de cabellos tupidos como la pelambre de un oso, alborotados y negríssimos, de ojos claros, entre verdes y azules, de osamenta atlética, de manos grandes y finas, manos de organista [...], de facciones toscas, pero muy regulares y de modales simples como el pan casero, sin artificios ni adobos".¹⁵

La figura del sacerdote ya viejo y ciego, en cambio, es descripta directamente por el narrador:

¹³ *Ibid.*, cap. IV, p. 100.

¹⁴ *Ibid.*, cap. VIII, p. 175.

¹⁵ *Ibid.*, cap. IV, p. 88.

“Desde que perdió la vista, don Pedro de Alcántara, que tropezaba con la dificultad de afeitarse a ciegas, pidió autorización para dejarse la barba. La tenía enteramente blanca, copiosa y fluida como la de Aarón. Semejaba un misionero de tierras orientales. Infundía veneración y, a no ser por el sombrero que usaba, una especie de pastelito negro, asentado sobre la gran cabeza de revuelto pelo blanco, habría parecido una figura de la Biblia”.¹⁶

Don Pedro de Alcántara es, si se quiere, el personaje principal de una de las más importantes escenas costumbristas de la novela: la procesión en honor de San Pedro de Alcántara. En la original perspectiva de la escena (la tercera persona que se desdobra en la “mirada” del narrador o de Curcuncha —el sacristán— y en el recuerdo del sacerdote ciego) coinciden, una vez más, lo argentino y lo cristiano unidos, en este caso, a la evidente atracción del autor por lo costumbrista y lo colonial hispánico¹⁷.

Junto a los personajes principales, una variada galería de figuras secundarias (tipos en la mayor parte de los casos) contribuye a pintar las costumbres de una zona del país. Recordemos —para citar unos pocos ejemplos— a don Canuto (el lacero), a Curcuncha (uno de los sacristanes), al capataz de la estancia (don Virgen del Carmen Contreras) o a doña Bruna, su mujer.

Como en la configuración de todo tipo, cada uno de estos personajes se caracteriza por un rasgo peculiar; no por casualidad, estos rasgos —individualmente y en conjunto— apuntan ya a la valoración de lo argentino, ya a la defensa de lo cristiano.

Don Canuto es casi un símbolo de lo autóctono por su práctica del arte de trenzar y trabajar el cuero crudo¹⁸. En el caso de Curcuncha, la piedad suscitada por el defecto físico impregna de simpatía su oficio de sacristán, simpatía que se traduce en la descripción de las campanas de la vieja iglesia colonial:

16 *Ibid.*, cap. VI, p. 133.

17 Cf. *Ibid.*, cap. IX, p. 183 y ss.

18 Cf. *Ibid.*, cap. V, p. 112 y ss.

"[. . .] Se llamaba Cirilo Topete, pero a causa de su joroba le decían *Curcuncha*, que en quichua significa eso mismo [. . .] Lo que más a gusto hacía era cantar [. . .] y tañer las campanas, maravillosamente armoniosas [. . .] Una era grave y profunda; la otra, de registro más alto, gárrula y cordial. Tenían al borde, por la parte de afuera, la fecha de fundición en relieve: 1760 [. . .] Curcuncha, enamorado de sus campanas, en la mañanita subía al campanario y llamaba a misa o al vía crucis [. . .] Al mediodía, con dos o tres toques breves, anunciaba las doce, y al anochecer, no olvidaba nunca el ángelus, tan solemne como poético".¹⁹

El capataz de la estancia "Los Sauces" señala desde el nombre (Virgen del Carmen) las costumbres campesinas. Insólito en un hombre, refleja la práctica de dar a los niños el nombre de la festividad religiosa correspondiente al día en que nacieron²⁰. El rasgo caracterizador del capataz —su afición por las payadas— es apuntado en una frase del personaje que se remonta a la relación entre nuestro payador y el rapsoda griego (rapsoda: de *ράπτω* y *ὠδή*; etimológicamente, el que cose canciones):

"(Don Canuto) Halló a don Carmen sentado a la puerta de su casa [. . .] Estaba punteando la guitarra y tarareando en voz baja coplas que iba improvisando, como si hiciera borradores.

—¿Qué está haciendo, don Carmen?

—*Estoy hilvanando estas cositas*, por si llegan a hacer falta [. . .]"²¹

Doña Bruna, por último, proporciona con sus diálogos un ejemplo del vocabulario característico del campesino de tierra adentro. En *Estrella de la tarde*, dialoga con Carolina sobre el regreso de su hijo Sebastián y sostiene:

"—En de veras que me ha hecho penar cuando se jue y alegrar

¹⁹ *Ibid.*, cap. IX, p. 181 y 182.

²⁰ Cf. *Ibid.*, cap. I, p. 27 y 28.

²¹ *Ibid.*, cap. IX, p. 178. El agregado y el subrayado son míos.

cuando ha güelto. A su padre se le metió entre ceja y ceja que el pobrecito teniya que estudiar y me lo fletó pa la ciudad y allá me lo ha tenido dos años comiendo libros como si juera alfalfa [. . .] Yo que viviya temblando de que me le fueran a cambiar la constitución y de medio bobito que es, pero santito al fin, me lo sacaran resabiao y truhán, lo primero que hice, cuando volvió, jue mirarle la ropa, pa ver el efeuto de esos estudios [. . .] ¡El que cambia de ropa cambia de alma! [. . .] 22

Las palabras transcriptas —al tiempo que reflejan las deformaciones fonéticas de un hablante de tierra adentro— muestran la presencia en la trama novelesca de otra constante de la narrativa de Hugo Wast: la directa relación que para él existe entre los verdaderos valores y la vida del campo del interior argentino, la contraposición campo—ciudad en definitiva.

Referencia especial merece, en fin, la incorporación de historias intercaladas que enriquecen la estructura narrativa y la galería de personajes secundarios. Se trata de la vida de la Urpila (la dulce niña que muere al enterarse de la muerte de su cabra Fabiola²³) y de la sangrienta historia de don Chipriota²⁴.

En conclusión: como en el resto de la novelística de Hugo Wast, el realismo de *Estrella de la tarde* y *¿Le tiraría usted la primera piedra?* tiene rasgos muy peculiares. Las técnicas realistas —incorporadas a partir del equilibrio entre lo cristiano y lo argentino— se subordinan siempre a la intención didáctico—moral²⁵.

22 *Ibid.*, cap. V, p. 110.

23 Cf. *Ibid.*, cap. II, p. 33 y 52-55; cap. XII, p. 221-247.

24 Cf. *Ibid.*, cap. VI, p. 127-128; cap. VIII, p. 161; cap. XIV, p. 249. Cf. también *¿Le tiraría usted la primera piedra?* Cap. VIII, p. 359-371.

25 Cf. mi artículo (ya citado) "Lo argentino y lo cristiano en algunas novelas realistas de Hugo Wast".